



VIII CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR



ser épicos

·historias de elfos y dragones·

Primer Premio

"de fuego"

JUAN MANUEL CUERDA

Por cortesía de:

Wake Up
To a Better
World

NH
HOTELES

www.diegodoblas.com



75 años de
EL HOBBIT



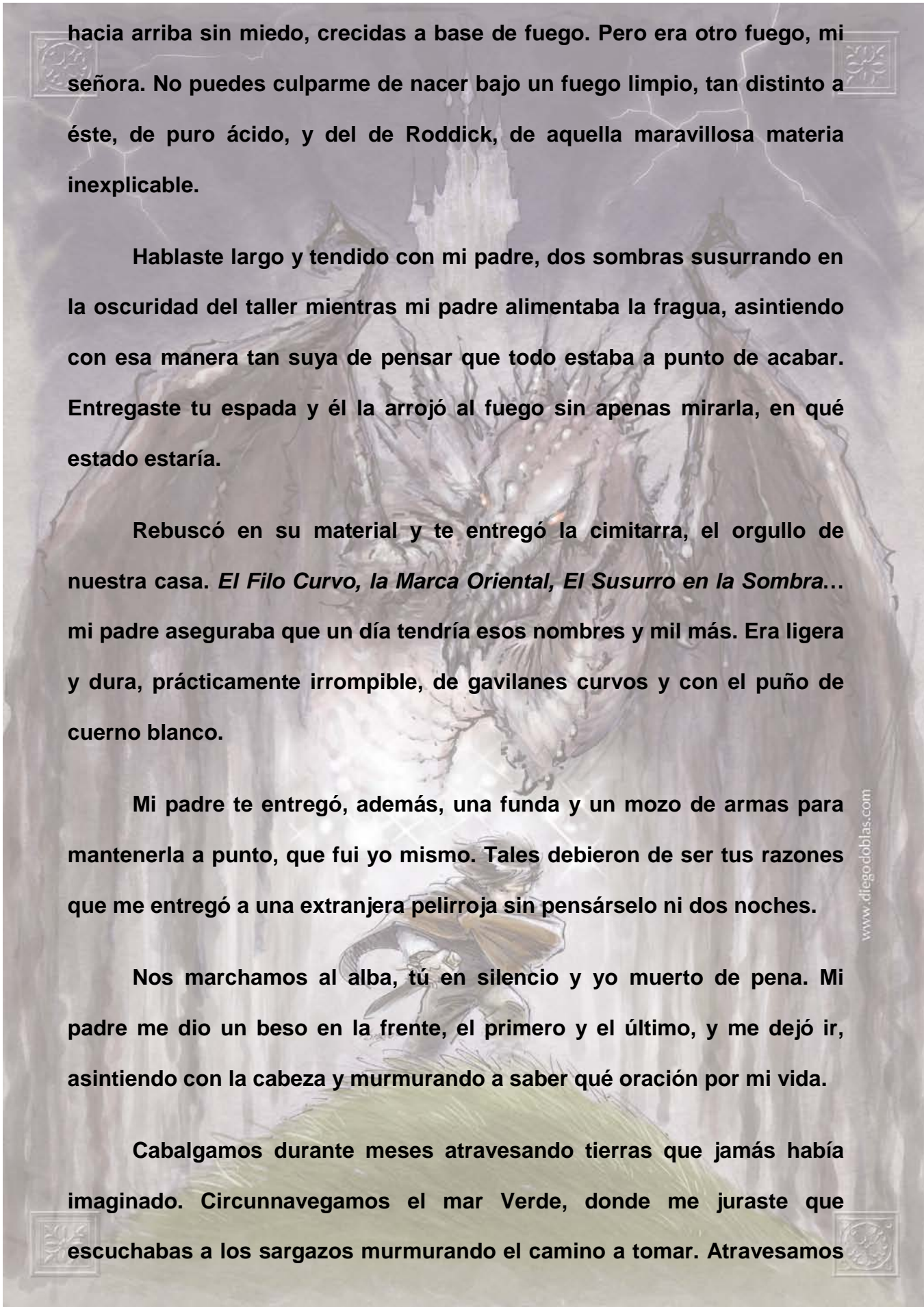
De fuego

No me pidas que lo haga yo, te lo pido por favor. Me miras desde ahí, despatarrada en esa postura tan extraña, y me pides que lo haga yo. Pero yo no puedo, no lo entiendes, estoy muerto de miedo. Me miras con tus ojos de muerta y me pides que haga lo que ni tú ni Roddick habéis conseguido con todos sus ungüentos y conjuros ni con tu espada curva recién afilada.

Déjame morir ahora, mi señora. Permite que no tenga que volver a olerlo, que no tenga que escuchar el ácido goteando de sus ollares. Déjame descansar un rato aquí, tras la gran roca desprendida en la boca de la caverna, entre los cascotes de la explosión que ha provocado Roddick antes de volar él mismo por los aires.

No me mires así, mi señora, no puedes exigirme porque tú ya has pasado lo peor. Nada puede dañarte ya. A mí, en cambio, aún me queda la tortura que os habéis ahorrado. Yo no puedo hacerlo, lo juro. Lo juro por ti misma, que eres lo más sagrado que conozco. Me quedaré en la roca, rezando por que la bestia se aleje, rezándote a ti para que me salves de ella, como haces siempre. Me lo he ganado, señora, creo que sabes que me lo merezco. Te he dado lo mejor de mí desde el principio, desde que apareciste en la aldea, sin aliento y con aquella ridícula espada mellada.

“Llevadme al herrero”, susurrabas. Llegaste en volandas a la casa de mi padre, un pedazo de sombra en el desierto. Así era mi país y así éramos nosotros: sombras bajo el sol del verano eterno, espigas mirando



hacia arriba sin miedo, crecidas a base de fuego. Pero era otro fuego, mi señora. No puedes culparme de nacer bajo un fuego limpio, tan distinto a éste, de puro ácido, y del de Roddick, de aquella maravillosa materia inexplicable.

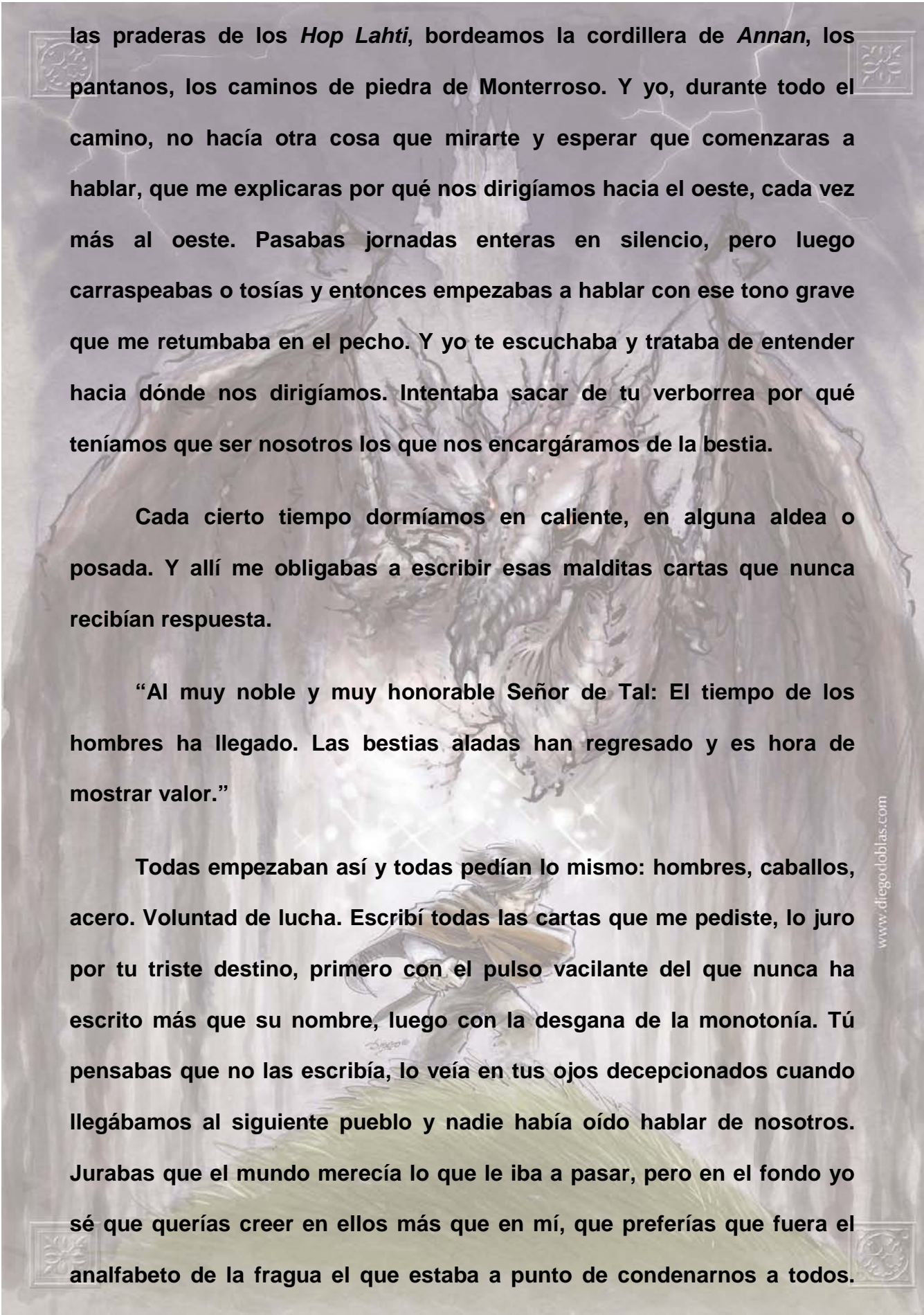
Hablaste largo y tendido con mi padre, dos sombras susurrando en la oscuridad del taller mientras mi padre alimentaba la fragua, asintiendo con esa manera tan suya de pensar que todo estaba a punto de acabar. Entregaste tu espada y él la arrojó al fuego sin apenas mirarla, en qué estado estaría.

Rebuscó en su material y te entregó la cimitarra, el orgullo de nuestra casa. *El Filo Curvo, la Marca Oriental, El Susurro en la Sombra...* mi padre aseguraba que un día tendría esos nombres y mil más. Era ligera y dura, prácticamente irrompible, de gabilanes curvos y con el puño de cuerno blanco.

Mi padre te entregó, además, una funda y un mozo de armas para mantenerla a punto, que fui yo mismo. Tales debieron de ser tus razones que me entregó a una extranjera pelirroja sin pensárselo ni dos noches.

Nos marchamos al alba, tú en silencio y yo muerto de pena. Mi padre me dio un beso en la frente, el primero y el último, y me dejó ir, asintiendo con la cabeza y murmurando a saber qué oración por mi vida.

Cabalgamos durante meses atravesando tierras que jamás había imaginado. Circunnavegamos el mar Verde, donde me juraste que escuchabas a los sargazos murmurando el camino a tomar. Atravesamos

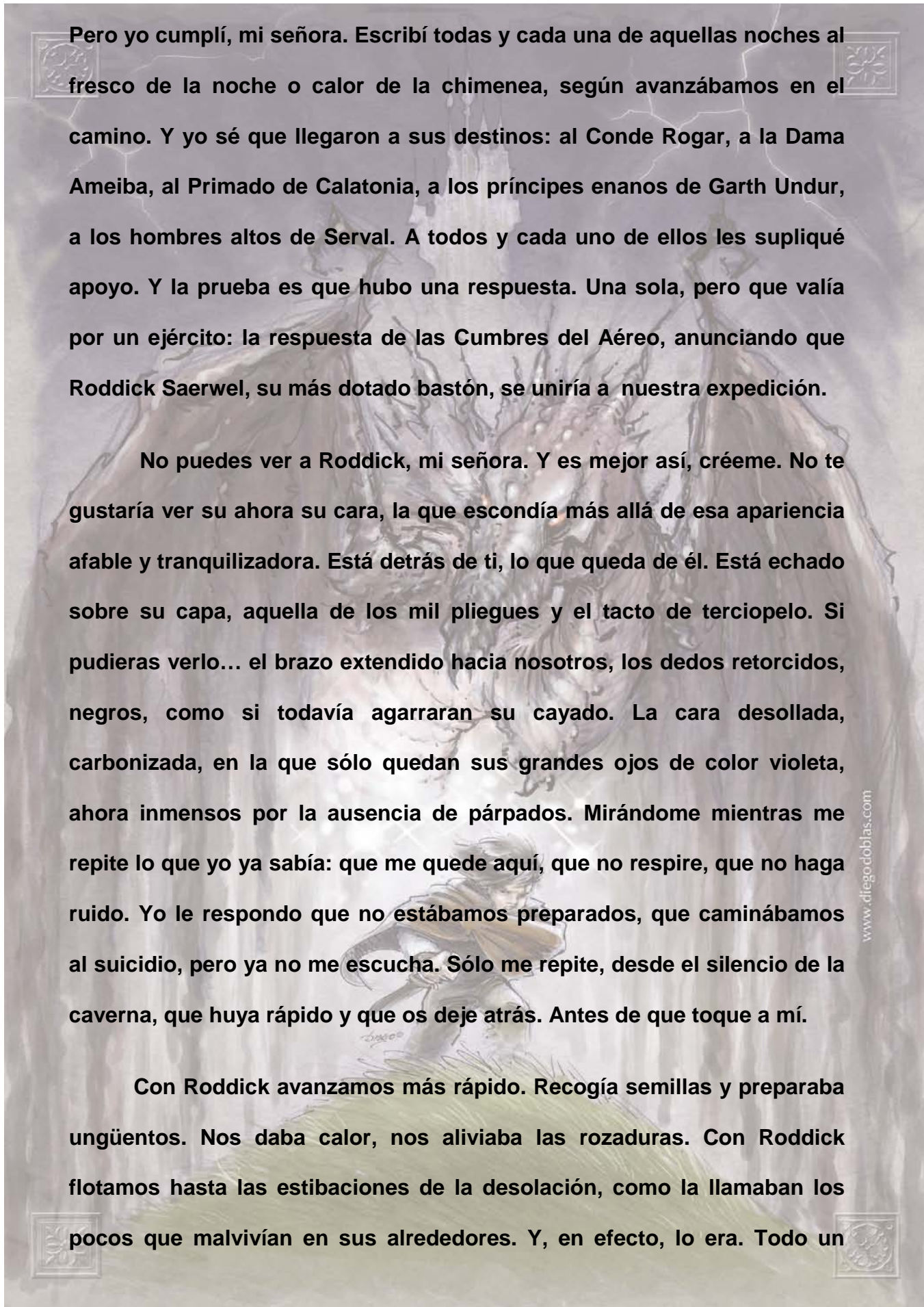
The background features a detailed illustration of a dragon's head with glowing eyes and a knight on a horse. The knight is wearing a dark tunic and a cape, riding a horse. The dragon's head is positioned above the knight, with its mouth slightly open. The scene is set in a misty or smoky environment. There are decorative square frames in the corners of the page, each containing a stylized floral or geometric pattern.

las praderas de los *Hop Lahti*, bordeamos la cordillera de *Annan*, los pantanos, los caminos de piedra de Monterroso. Y yo, durante todo el camino, no hacía otra cosa que mirarte y esperar que comenzaras a hablar, que me explicaras por qué nos dirigíamos hacia el oeste, cada vez más al oeste. Pasabas jornadas enteras en silencio, pero luego carraspeabas o tosías y entonces empezabas a hablar con ese tono grave que me retumbaba en el pecho. Y yo te escuchaba y trataba de entender hacia dónde nos dirigíamos. Intentaba sacar de tu verborrea por qué teníamos que ser nosotros los que nos encargáramos de la bestia.

Cada cierto tiempo dormíamos en caliente, en alguna aldea o posada. Y allí me obligabas a escribir esas malditas cartas que nunca recibían respuesta.

“Al muy noble y muy honorable Señor de Tal: El tiempo de los hombres ha llegado. Las bestias aladas han regresado y es hora de mostrar valor.”

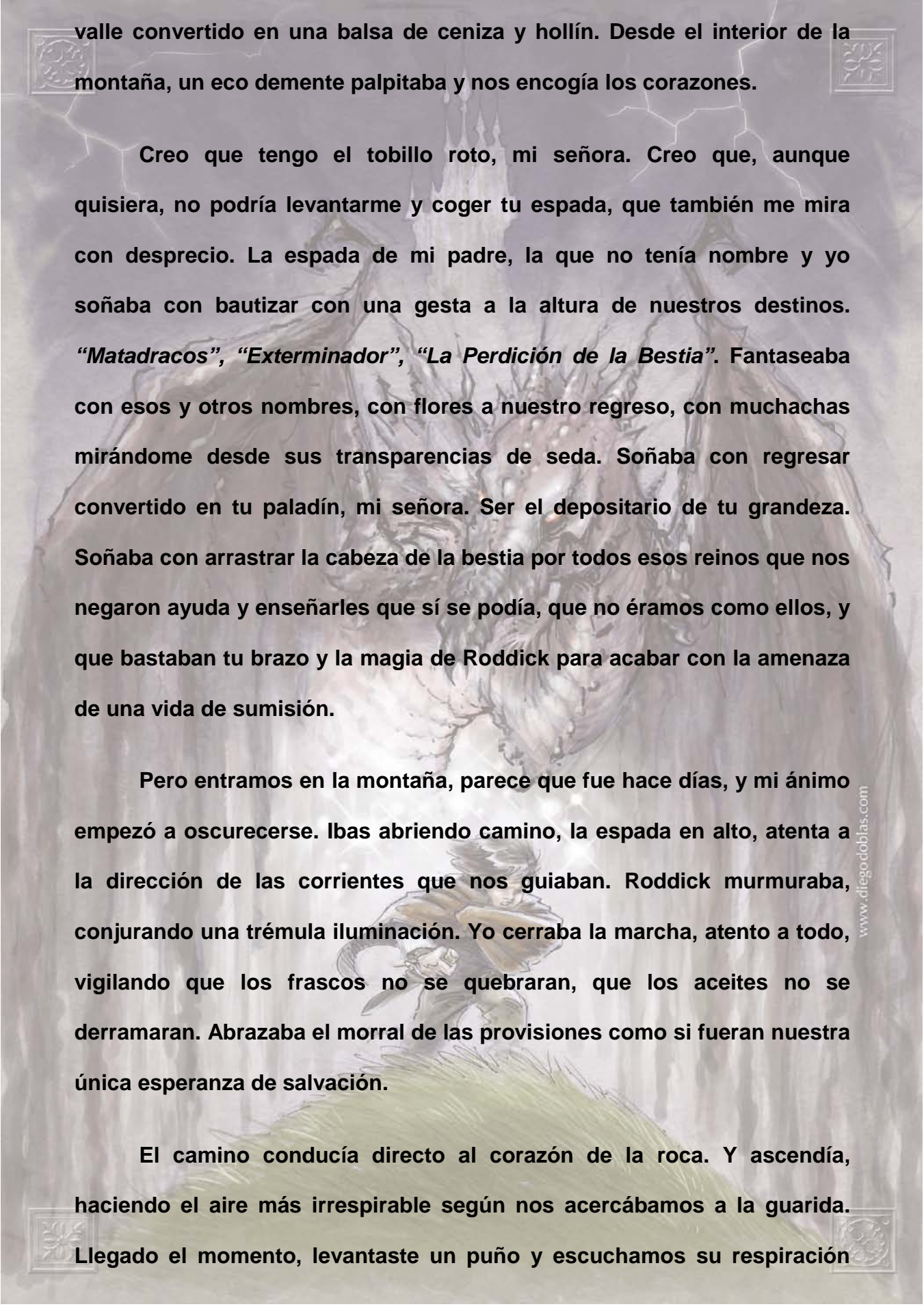
Todas empezaban así y todas pedían lo mismo: hombres, caballos, acero. Voluntad de lucha. Escribí todas las cartas que me pediste, lo juro por tu triste destino, primero con el pulso vacilante del que nunca ha escrito más que su nombre, luego con la desgana de la monotonía. Tú pensabas que no las escribía, lo veía en tus ojos decepcionados cuando llegábamos al siguiente pueblo y nadie había oído hablar de nosotros. Jurabas que el mundo merecía lo que le iba a pasar, pero en el fondo yo sé que querías creer en ellos más que en mí, que preferías que fuera el analfabeto de la fragua el que estaba a punto de condenarnos a todos.

The background features a detailed illustration of a dragon with a textured, scaly body and glowing orange eyes. In the lower center, a character with dark hair and a brown tunic is shown in a crouching, ready-for-action pose. The entire scene is set against a dark, atmospheric background with faint, glowing patterns. There are decorative square frames in the corners, each containing a stylized floral or geometric design.

Pero yo cumplí, mi señora. Escribí todas y cada una de aquellas noches al fresco de la noche o calor de la chimenea, según avanzábamos en el camino. Y yo sé que llegaron a sus destinos: al Conde Rogar, a la Dama Ameiba, al Primado de Calatonia, a los príncipes enanos de Garth Undur, a los hombres altos de Serval. A todos y cada uno de ellos les supliqué apoyo. Y la prueba es que hubo una respuesta. Una sola, pero que valía por un ejército: la respuesta de las Cumbres del Aéreo, anunciando que Roddick Saerwel, su más dotado bastón, se uniría a nuestra expedición.

No puedes ver a Roddick, mi señora. Y es mejor así, créeme. No te gustaría ver su ahora su cara, la que escondía más allá de esa apariencia afable y tranquilizadora. Está detrás de ti, lo que queda de él. Está echado sobre su capa, aquella de los mil pliegues y el tacto de terciopelo. Si pudieras verlo... el brazo extendido hacia nosotros, los dedos retorcidos, negros, como si todavía agarraran su cayado. La cara desollada, carbonizada, en la que sólo quedan sus grandes ojos de color violeta, ahora inmensos por la ausencia de párpados. Mirándome mientras me repite lo que yo ya sabía: que me quede aquí, que no respire, que no haga ruido. Yo le respondo que no estábamos preparados, que caminábamos al suicidio, pero ya no me escucha. Sólo me repite, desde el silencio de la caverna, que huya rápido y que os deje atrás. Antes de que toque a mí.

Con Roddick avanzamos más rápido. Recogía semillas y preparaba ungüentos. Nos daba calor, nos aliviaba las rozaduras. Con Roddick flotamos hasta las estibaciones de la desolación, como la llamaban los pocos que malvivían en sus alrededores. Y, en efecto, lo era. Todo un

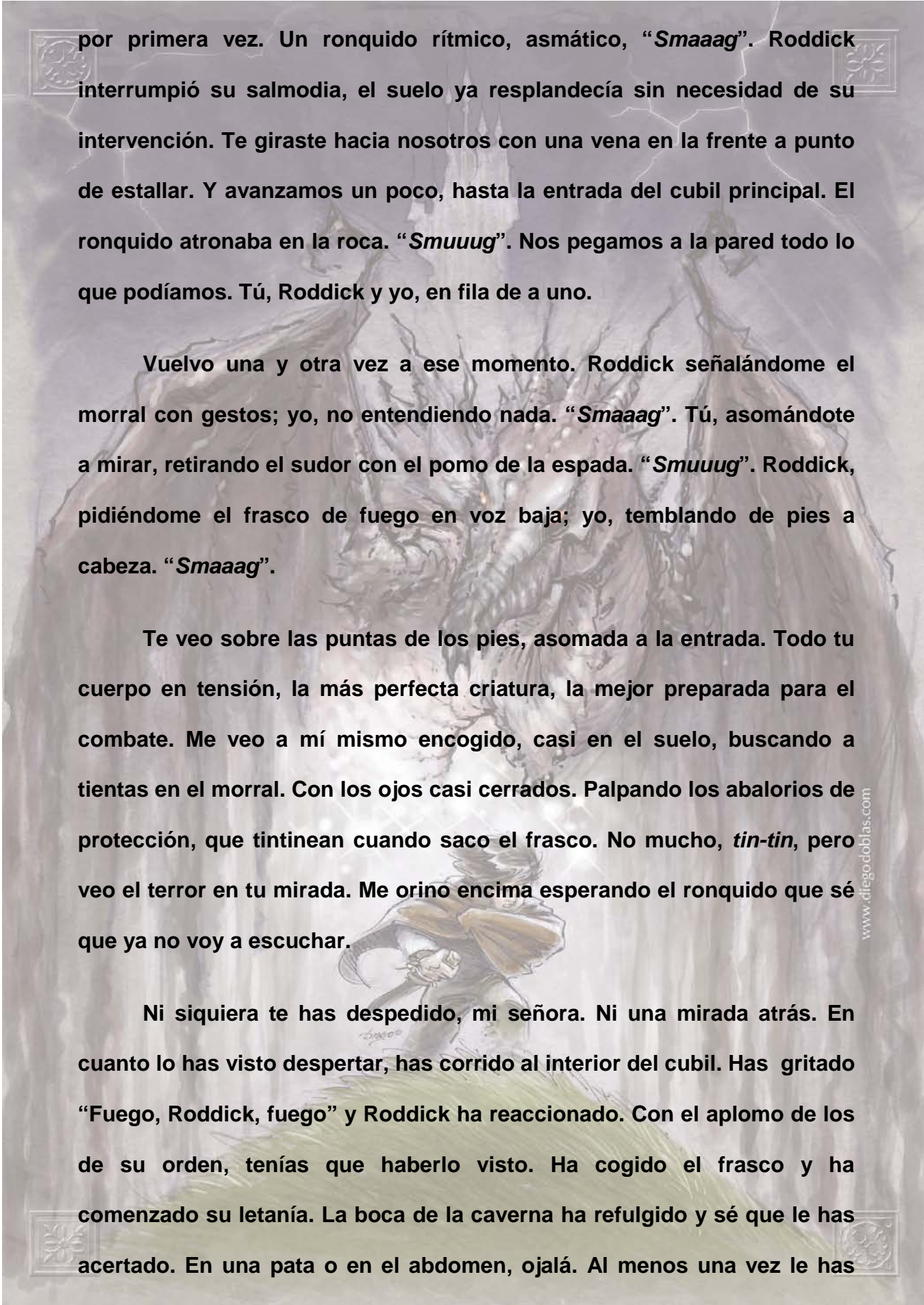


valle convertido en una balsa de ceniza y hollín. Desde el interior de la montaña, un eco demente palpitaba y nos encogía los corazones.

Creo que tengo el tobillo roto, mi señora. Creo que, aunque quisiera, no podría levantarme y coger tu espada, que también me mira con desprecio. La espada de mi padre, la que no tenía nombre y yo soñaba con bautizar con una gesta a la altura de nuestros destinos. *“Matadracos”, “Exterminador”, “La Perdición de la Bestia”*. Fantaseaba con esos y otros nombres, con flores a nuestro regreso, con muchachas mirándome desde sus transparencias de seda. Soñaba con regresar convertido en tu paladín, mi señora. Ser el depositario de tu grandeza. Soñaba con arrastrar la cabeza de la bestia por todos esos reinos que nos negaron ayuda y enseñarles que sí se podía, que no éramos como ellos, y que bastaban tu brazo y la magia de Roddick para acabar con la amenaza de una vida de sumisión.

Pero entramos en la montaña, parece que fue hace días, y mi ánimo empezó a oscurecerse. Ibas abriendo camino, la espada en alto, atenta a la dirección de las corrientes que nos guiaban. Roddick murmuraba, conjurando una trémula iluminación. Yo cerraba la marcha, atento a todo, vigilando que los frascos no se quebraran, que los aceites no se derramaran. Abrazaba el morral de las provisiones como si fueran nuestra única esperanza de salvación.

El camino conducía directo al corazón de la roca. Y ascendía, haciendo el aire más irrespirable según nos acercábamos a la guarida. Llegado el momento, levantaste un puño y escuchamos su respiración

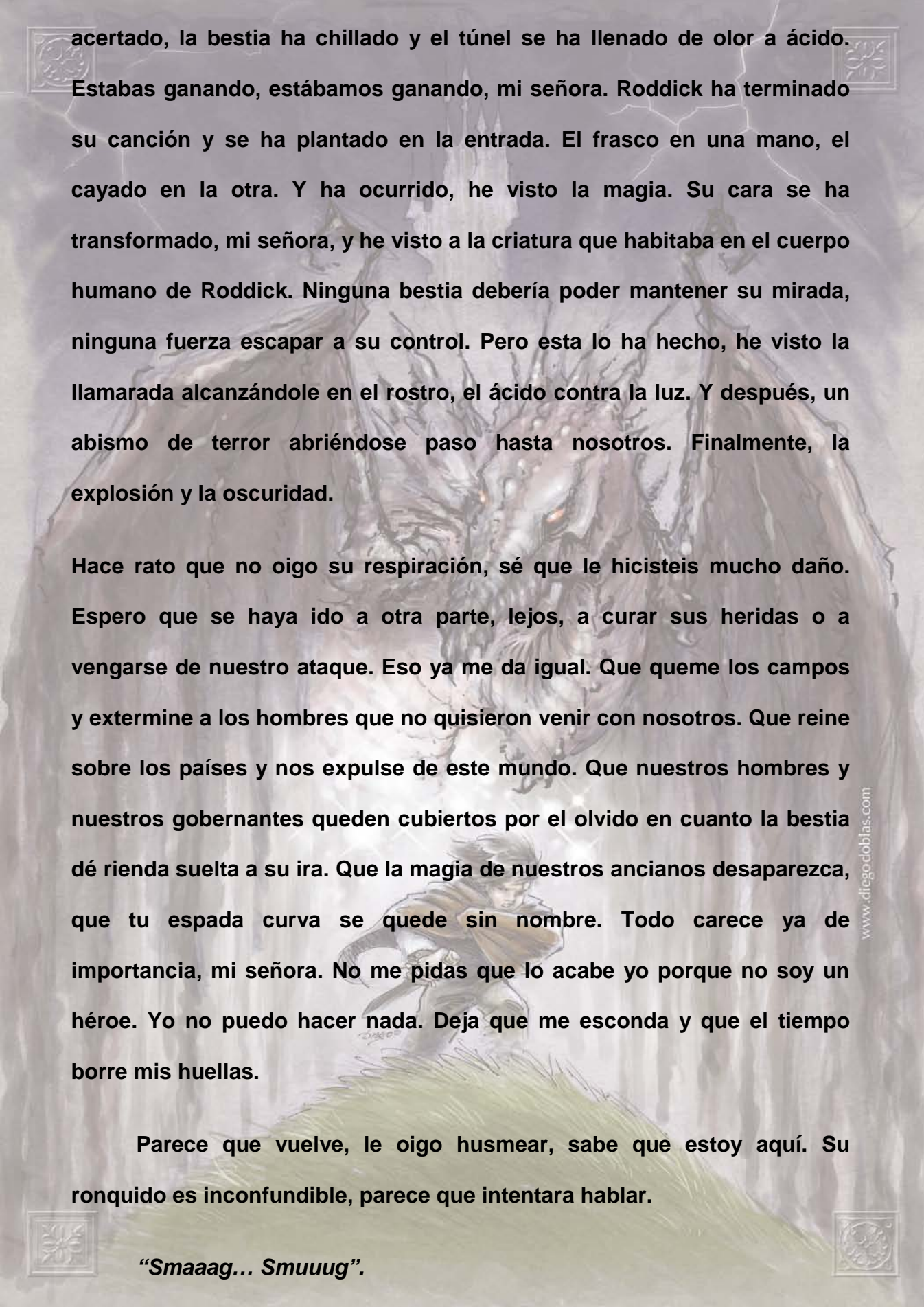


por primera vez. Un ronquido rítmico, asmático, “*Smaaag*”. Roddick interrumpió su salmodia, el suelo ya resplandecía sin necesidad de su intervención. Te giraste hacia nosotros con una vena en la frente a punto de estallar. Y avanzamos un poco, hasta la entrada del cubil principal. El ronquido atronaba en la roca. “*Smuuug*”. Nos pegamos a la pared todo lo que podíamos. Tú, Roddick y yo, en fila de a uno.

Vuelvo una y otra vez a ese momento. Roddick señalándome el morral con gestos; yo, no entendiendo nada. “*Smaaag*”. Tú, asomándote a mirar, retirando el sudor con el pomo de la espada. “*Smuuug*”. Roddick, pidiéndome el frasco de fuego en voz baja; yo, temblando de pies a cabeza. “*Smaaag*”.

Te veo sobre las puntas de los pies, asomada a la entrada. Todo tu cuerpo en tensión, la más perfecta criatura, la mejor preparada para el combate. Me veo a mí mismo encogido, casi en el suelo, buscando a tientas en el morral. Con los ojos casi cerrados. Palpando los abalorios de protección, que tintinean cuando saco el frasco. No mucho, *tin-tin*, pero veo el terror en tu mirada. Me orino encima esperando el ronquido que sé que ya no voy a escuchar.

Ni siquiera te has despedido, mi señora. Ni una mirada atrás. En cuanto lo has visto despertar, has corrido al interior del cubil. Has gritado “Fuego, Roddick, fuego” y Roddick ha reaccionado. Con el aplomo de los de su orden, tenías que haberlo visto. Ha cogido el frasco y ha comenzado su letanía. La boca de la caverna ha refulgido y sé que le has acertado. En una pata o en el abdomen, ojalá. Al menos una vez le has



acertado, la bestia ha chillado y el túnel se ha llenado de olor a ácido. Estabas ganando, estábamos ganando, mi señora. Roddick ha terminado su canción y se ha plantado en la entrada. El frasco en una mano, el cayado en la otra. Y ha ocurrido, he visto la magia. Su cara se ha transformado, mi señora, y he visto a la criatura que habitaba en el cuerpo humano de Roddick. Ninguna bestia debería poder mantener su mirada, ninguna fuerza escapar a su control. Pero esta lo ha hecho, he visto la llamarada alcanzándole en el rostro, el ácido contra la luz. Y después, un abismo de terror abriéndose paso hasta nosotros. Finalmente, la explosión y la oscuridad.

Hace rato que no oigo su respiración, sé que le hicisteis mucho daño. Espero que se haya ido a otra parte, lejos, a curar sus heridas o a vengarse de nuestro ataque. Eso ya me da igual. Que queme los campos y extermine a los hombres que no quisieron venir con nosotros. Que reine sobre los países y nos expulse de este mundo. Que nuestros hombres y nuestros gobernantes queden cubiertos por el olvido en cuanto la bestia dé rienda suelta a su ira. Que la magia de nuestros ancianos desaparezca, que tu espada curva se quede sin nombre. Todo carece ya de importancia, mi señora. No me pidas que lo acabe yo porque no soy un héroe. Yo no puedo hacer nada. Deja que me esconda y que el tiempo borre mis huellas.

Parece que vuelve, le oigo husmear, sabe que estoy aquí. Su ronquido es inconfundible, parece que intentara hablar.

“Smaaag... Smuuug”.